



CRECIENDO CON UN PADRE AUSENTE

La Historia de Lázaro Riesgo Acosta

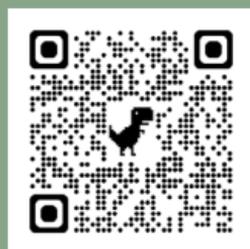
CRECIENDO CON UN PADRE AUSENTE

Cuando Lázaro tenía tres años, su padre abandonó la familia y emigró desde Cuba a los Estados Unidos persiguiendo el sueño americano. “Cuando mi mamá queda como madre soltera, la situación económica y política social era bastante compleja. Cuando mi papá se marcha, desde el primer día comienza la incertidumbre: ¿llegó? ¿no llegó? ¿dónde está? Esa incertidumbre se volvió una pesadilla para Lázaro y su mamá. En este librito, el Pastor Lázaro Riesgo cuenta cómo la iglesia y especialmente los hombres de la iglesia le ayudaron a él y a su mamá a superar esta crisis en sus vidas y cómo Dios lo usó años más tarde para llevar a su padre a los pies del Señor Jesucristo en su lecho de muerte.

Lázaro Riesgo Acosta es el pastor de la iglesia Sagemont Encuentro en Houston, TX.



Escanee el código QR para ver al Pastor Lázaro Riesgo compartiendo su testimonio en Radio Amistad.



KHCB Radio Amistad

2424 South Boulevard, Houston, TX 77098
(713) 520-7900 o 877-77-AMIGO

Maneras de Escuchar a Radio Amistad



1400^{AM} y 101.5^{FM}



www.RadioAmistad.net



Aplicación Móvil



Red de Radio Amistad



Radio Amistad



Radio Amistad - Temas Vitales



@RadioAmistadUSA



@radio_amistad

CRECIENDO CON UN PADRE AUSENTE

La Historia de Lázaro Riesgo Acosta

2022

Reina-Valera 1960 ® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Utilizado con permiso.

La Historia de
Lázaro Riesgo Acosta

Nací en el año 1977 y estuve con mi papá solamente tres años de mi infancia. Tengo los recuerdos de lo que viví: el trauma y el sufrimiento que viene con el abandono o la ausencia de un padre en el hogar. Recuerdo vagamente el sentir un toque en la puerta y querer pensar que era papito que llegó a casa y no era.

Él se fue de Cuba en 1980 debido a la profunda crisis nacional. Muchos de los hombres salieron buscando un sueño, y él se fue bajo la promesa de que un día regresaría a buscarnos; cosa que ocurrió en mi edad adulta y ya bajo otros términos. Para ese entonces en Cuba estábamos bajo el régimen de Fidel Castro y el comunismo. Había una “guerra fría” entre Cuba y los Estados Unidos.

En esos tiempos no había Facebook, Twitter, ni nada de estas cosas. La comunicación era muy limitada. No había una manera de estar seguro ni siquiera un cincuenta por ciento de que la comunicación iba a fluir. Era lanzarse a una aventura con muchas promesas de que íbamos a prosperar, pero nada más. Entonces, no éramos creyentes. Mi mamá vino al Señor a raíz de esta crisis.

Madre soltera

Cuando mi mamá queda como madre soltera, la

situación económica y política social era bastante compleja. Al marcharse mi papá, desde el primer día comienza la incertidumbre: ¿llegó? ¿no llegó? ¿dónde está? Esa inseguridad se volvió una pesadilla.

En esa misma temporada, tuvimos la bendición de recibir la visita de una tía de mamá que vive en Miami. Obdulia Peña, con 95 años es una gran misionera evangelista. Ella tuvo la oportunidad de volar a Cuba, y por primera vez presentarle las buenas nuevas a mi mamá. “Cari, tú lo que necesitas en este momento de tu vida es buscar una comunidad y una fe genuina que te haga sostenerte en medio de esta crisis que propiamente se avecina para tu vida”.

No fue una decisión fácil para mi mamá. En Cuba se estaba propagando el sueño de la revolución cubana. El deseo de Fidel Castro y todo su equipo era de hacer un hombre nuevo lleno de educación, de profesionalismo, de doctrina secular, pero donde Dios no tenía nada que ver. El comunismo es humanista en sus bases, en sus raíces. El centro de la vida es el ser humano, no es Dios. Obviamente, las iglesias en ese tiempo, los años 80, habían quedado bien pequeñas. No había la posibilidad de abrir nuevas misiones. Hoy, aquí en nuestro contexto hablamos de sembrar iglesias, multiplicar. Eso no era posible en Cuba.

La iglesia provee refugio

Mamá encontró en la ciudad una pequeña congregación

cristiana con unos 20 miembros que habían permanecido fieles. La abrigaron, la discipularon y le hicieron saber que Jesucristo es la respuesta. Había persecución y algo que se discute mucho recientemente, que creo, cada madre soltera en un sentido lo ha experimentado con sus hijos: el famoso bullying que es tan desastroso en nuestra sociedad.

La iglesia donde nos congregábamos tenía un porche grande como un portal y mi mamá quedaba afuera junto con los hermanos que estaban allí antes de empezar y después de terminar el servicio. Muchas veces quería esconderme adentro porque las personas pasaban por la calle y se reían de nosotros. Era algo no común ir a una iglesia y se burlaban. Yo era muy pequeño y no aguantaba éso.

Los primeros años de mi juventud, y de mi niñez, fueron así. Pero le doy gracias a Dios que mi madre, a pesar de ser soltera, estaba conociendo a un nuevo esposo, a Jesucristo. Y esa presencia del Señor la enamoró, la cautivó y siempre me enseñó: “No importa lo que la gente pueda pensar de ti. Lo que es relevante es lo que Cristo piensa de ti. Tienes que ser valiente”.

Creciendo en su fe

Ella estaba creciendo rápidamente en la fe y hubo un cambio radical en su vida. Recuerdo hacer las caminatas con ella de 15-20 minutos hasta la iglesia

cada vez que había un servicio y cuando yo me ponía un poco majadero (como decimos en Cuba) me cargaba en sus brazos. Nunca fui un impedimento para que ella fuera a la iglesia. Allí vi la madurez y el crecimiento que estaba sucediendo en ella.

Hombres mentores

Cuando mi papá se fue, yo estaba experimentando un tiempo difícil. Imagínate, la crisis de ser hijo único y de extrañar a papá. No dormía bien, sufría de ansiedad, y prestaba poca atención en los primeros años en la escuela. Varias veces mamá me llevó a unas consultas de sicología para analizar qué estaba pasando.

Pero gracias a Dios, allí llegó el papel grande que juegan los hombres de Dios en la familia o en la familia de fe. En ese tiempo de mi infancia y de mi juventud, tuve hombres como Zacarías Hernández y Ovidio Martínez por solo mencionar algunos que invirtieron en mi vida. Ellos me enseñaron a actuar en amor y en sabiduría hacia mi papá.

Me acuerdo bien de que tres o cuatro hombres de esa iglesia se convirtieron para mí en líderes espirituales, literalmente. Ellos pudieron suplir el papel de mi padre ausente y enseñarme que, aunque mi padre terrenal me había abandonado, el Padre celestial tenía su mirada de amor sobre mi vida. De allí aprendí un versículo que me ha acompañado hasta hoy. En

Salmo 73:25, el salmista reflexiona y dice, “A quien tengo yo en los cielos sino a Ti y fuera de Ti nada deseo en la tierra”. El Dios celestial se convirtió en ese padre que había faltado en casa.

Los hombres deben ser muy positivos a la hora de enseñar. Ellos siempre me dijeron, “Tienes que amar a tu padre, porque puede ser que el día de mañana, Dios te dé una oportunidad para hablar con él”. Creo que ése es el papel grande de la iglesia, y de los hombres de la iglesia cuando pueden convertirse en padres espirituales. Yo no estaba pensando en las circunstancias de él y por qué se había ido. Ellos me enseñaron que tenía que amarle y respetarle a pesar de las circunstancias.

Mi abuela

Mi querida abuela estaba en la casa y con mucho amor y ternura siempre se encargaba de preparar los almuerzos cuando yo venía de la escuela. Mi abuela era una gran mujer y fue el sostén de nuestra familia, pero tenía otras creencias. En un inicio fue una guerra espiritual muy fuerte para mi mamá. Mi abuela no quería que ella fuera a la iglesia, pero finalmente también se convirtió y entregó su vida al Señor.

Yo sabía que el domingo era día de iglesia; eso estaba reglamentado. Pero el sábado había que salir a los campos porque mi mamá hacía alguna artesanía con flores. Íbamos en transporte público para cambiar

esas artesanías por un poco de arroz o frijoles y así ella fue poniendo esa disciplina de que había que trabajar, batallar para traer el pan a la casa.

Esa pequeña congregación fue crucial en la vida de mi mamá. Las madres solteras deben encontrar un lugar no solo donde conozcan a Jesús, sino donde Jesús se manifieste a través de las personas que les van a apoyar, que les van a enseñar y que les van a mostrar lo que es el amor de Cristo.

Una fe personal

Aunque acompañé a mamá a la iglesia desde los tres o cuatro años, la primera manifestación de confianza en el Señor, o sea el primer paso de fe fue a la edad de nueve años. Estando yo en uno de los servicios en una de las iglesias vecinas, cuando terminó la predicación e hicieron un pequeño llamado para orar, mi mamá se asombró de que yo me levantara como si fuera un adulto más y fuera al frente e hiciera la oración. Este es el primer recuerdo que tengo de decir, “Señor, yo quiero que Tu seas algo real en mi vida”. No por tener una fe histórica, adquirida, en este caso de mi mamá, uno es un buen creyente. Hay que tener una fe personal y que esa fe que Dios nos da crezca en nosotros.

El divorcio por engaño

En los años 1986-1987 sucede algo extraño. Mi mamá

recibe unas cartas supuestamente de mi papá donde le pide el divorcio. Ella busca refugio en los pastores los cuales le dicen, “Bueno, él nunca más apareció, no sabemos nada de su vida, y ahora aparece y te pide el divorcio”. Entonces mi mamá firmó ese divorcio que mi papá nunca había solicitado.

Años después, supimos que, en ese tiempo, estuvo privado de libertad en los Estados Unidos y de alguna manera alguien con otros planes se las ingenió para divorciarles oficialmente en papeles. Era una pariente de la que había sido la primera esposa de mi papá. Mi mamá fue su segunda esposa. A través de esos trámites casaron supuestamente de nuevo a mi papá con la antigua mujer y lograron sacarla a los Estados Unidos con la otra familia. El no supo nada al respecto hasta años después que salió en libertad y nunca más regresó con esa mujer porque quedó muy dolido.

Mi padrastro

A la edad de 11 o 12 años, mi mamá se vuelve a casar con el esposo que tiene hasta hoy. Mi reacción fue fatal. Traer a una nueva persona a casa para ocupar el lugar de mi mami, la persona que me ha dado el amor hasta ese momento fue amargo. Sin embargo, él ha sido un hombre bueno, y hasta hoy ha permanecido con mi mamá. Llegó con buenas intenciones invitándome a tomar helado, a compartir, pero yo creo que para él fue más difícil que para mí. Como hijo, no quería que

nadie ocupara ese lugar.

Pero esos hombres de la iglesia jugaron un papel importante en su consejería de cómo yo poder superar esta etapa también y poder actuar con amor hacia esa persona que había llegado que era mi padrastro. Algunos de estos hombres eran vecinos. En ese tiempo, pocas personas tenían acceso a un automóvil; lo que más se podía aspirar era a una bicicleta o un coche tirado por caballos. Uno de estos hombres, Zacarías Hernández, pasaba por mi mamá y recuerdo esos 15-20 minutos caminando hacia la iglesia, en las que él compartía su enseñanza, siempre dándonos consejo. Lo hacía fielmente. No solo los domingos, sino tres a cinco veces por semana.

Discipulado formal

Después de que entré en la adolescencia, 12-13 años, tuve el privilegio de recibir un discipulado formal en un salón por varios de estos hombres. De allí, con solo 17 años, llegó otro hombre importante a mi vida, Rolando Delgado, que fue un pastor que llegó a la iglesia. Hoy en día es director de misiones en Arkansas. Él sirvió para motivarme a dar el paso de fe y bautizarme. Luego sentí el llamado del Señor para ir a estudiar en el seminario con tan solo 19-20 años.

Cuando el Pastor Rolando llega a la iglesia, su filosofía era ubicar a cada cual para el ministerio. El me confronta y me dice: “Lázaro, ya tú eres un joven,

tienes que buscar tu lugar en el cuerpo de Cristo”. Nunca había sido confrontado de esa manera. Yo era creyente, iba a la iglesia, pero ahora este hombre me está refiriendo a buscar un lugar para servir.

El llamado a predicar

Yo nunca quise ser pastor, definitivamente. Quería ser un jugador de beisbol profesional, un deportista. Mas la gracia de Dios tocó mi vida a través de los hombres que el Señor colocó en mi camino. El Señor me fue atrayendo y Él utilizó en la última etapa al Pastor Rolando para que yo sintiera la pasión y respondiera al llamado de Dios de prepararme.

A los 17 años empecé a predicar en las “casas cultos”. En Cuba no había permiso para nuevos edificios. En los años 90, el gobierno de Fidel Castro empezó a dar permisos para ciertos hogares que pudieran ofrecer servicios cristianos. La obra en Cuba sufrió un crecimiento como nunca en su historia y los hogares se empezaron a multiplicar. El evangelio comenzó a crecer y había iglesias que tenían tres a cinco casas cultos. Por pequeña que fuera la iglesia, se multiplicó.

Esa multiplicación ocurrió a finales de los 90 porque el gobierno empezó a prohibir grandes aglomeraciones en las casas y las casas que tenían hasta 100 personas empezaron a dividirse en otras

tres o cuatro casas. La necesidad en ese momento de maestros, de predicadores era grande. Yo dije, “Señor, yo he tenido la preparación de todos estos hombres a través de la historia. ¿Para qué ha sido? ¿Con qué propósito ellos han invertido en mí? Quizás es el momento en que yo también salga a invertir”.

Los primeros estudios que di, yo agarraba un pequeño tratado, lo trataba de aprender, pero en unos minutos se me acababa lo que tenía que decir y quedaba en shock. Agarraba mi Biblia, me sentaba, y yo allí sentado decía, “Señor, quiero que la tierra se abra y me trague porque ellos están esperando 30 minutos de enseñanza y yo había dado cinco o seis minutos. Pero fueron bastante comprensivos porque es parte del proceso de aprendizaje.

Sacando la espina

Casi todos venimos de hogares quebrados, de vidas quebrantadas. En los más de 20 años de ministerio que tengo, cuánta gente dolida he encontrado. Hay una decisión que hacer: uno puede quedarse en el dolor, vivir como víctima toda la vida o apropiarse de las promesas del Señor de que podemos cambiar. Si usted tiene una espina en su corazón de algo que sucedió en su niñez o adolescencia, yo creo que hay suficientes promesas de Dios que nos pueden ayudar porque no es nuestra obra. Humanamente no podemos, pero Dios si lo puede.

Derrotando enemigos espirituales

Hay un pasaje en Salmos 60:12 que dice, “En Dios haremos proezas, y él hollará a nuestros enemigos”. Muchas veces el rencor, la ira, la amargura no son enemigos físicos, pero son emocionales y espirituales. Crecemos con ellos. Yo sufrí el trauma, pero creo que la gran diferencia estuvo en el buen consejo de la Palabra de Dios. Hay tres llaves aquí para tu victoria espiritual. Número uno: si aún no eres creyente, el Señor es la respuesta. Para aquellos que son creyentes, dice el salmista es Dios. La primera llave que yo tuve en mi vida y que usted puede tener también es su posición en Cristo. Usted va a poder vencer los obstáculos, sus luchas en Cristo Jesús.

Segundo, sus convicciones. Usted tiene que estar convencido de que usted puede lograrlo con la ayuda del Señor. Dice el Salmista, “En Dios haremos proezas”. No está hablando de pequeñas cosas; la versión en inglés dice “haremos valentía” también “haremos grandes cosas para el Señor”. Si Dios está contigo no hay un sentimiento negativo que no pueda ser vencido en el nombre del Señor. Creo que uno tiene que estar en Dios primero que todo, hay que venir a Cristo para solucionar los problemas del alma. Yo no puedo arreglarlo y ninguna iglesia puede, es una tarea de Dios.

Después de una tarea de Dios usted tiene que

estar convencido firmemente que ése es el camino que quiere seguir y una vez que usted está en Cristo y usted está convencido, tiene que crear una dependencia total de la palabra de Dios. Dice el salmista “En Dios haremos proezas, y él hollará a nuestros enemigos”. Es Dios.

El verdadero éxito

Muchas veces nuestra sociedad nos promueve el éxito en la vida diciendo que tenemos que hacer grandes cosas, pero estamos viendo mucha gente de éxito social, secular que ha roto todas las relaciones con su familia, con sus padres y con sus madres. Entonces ¿cómo puedo concebir el éxito desde el punto de vista del dinero que he alcanzado, la profesión que tengo, o la posición si mis relaciones más íntimas están rotas? El éxito más grande de mi vida es cuando yo salgo de la oficina de mi iglesia y llego a casa y me encuentro a mi esposa Ariadna. Esa es la bendición más grande que Dios me ha dado en la vida, por confiar en Él.

Las estadísticas de padres ausentes están creciendo exponencialmente. En nuestro vecino México se reporta que cuatro de cada 10 hogares tienen un padre ausente. Está pasando en Puerto Rico. Está pasando en toda América Latina con la globalización y los movimientos de las grandes masas globales incluso no solamente de país a país sino del campo a las ciudades.

La obra es de Dios

Hay una gran necesidad, como decía el salmista, de venir a Dios. Yo creo que el punto de encuentro, la solución más tangible es conocer al Señor. A raíz de eso Cristo va a dar propósito a tu vida. El Señor va a dar todas las herramientas necesarias que nos van haciendo falta para una buena relación con papá o con mamá.

No es que uno esté cooperando con Dios, no estoy queriendo decir éso porque dice la Biblia que Dios es quien produce el querer como el hacer por su buena voluntad. No hay nada bueno en mí, pero el Señor ha depositado en nosotros como seres humanos responsabilidad, y como creyentes tenemos que estar convencidos firmemente de que éste es el camino; de que Dios es el camino. En Él y a través de la dependencia de Él. No es un proceso fácil, no es sencillo, pero si nosotros estamos en las manos del Señor, se puede.

No soy un experto en la materia, pero tengo mi experiencia personal y profesional en el pastoreado de años. Primero que todo, hay que amar a esos padres ausentes y hay que amar a esos padres sea mamá o papá que quedaron presentes. Como iglesia o como sociedad yo creo que hay que apoyarles, no estigmatizarlos sino primero apoyarles, partiendo del punto de vista que Cristo nos amó primero a nosotros.

Consejos para madres solteras

El mayor consejo que yo le daría a una mamá soltera es que tiene que tratar de rodearse de personas que la hagan crecer. Obviamente mi primer consejo sería buscar una iglesia y empezar a congregarse en persona. La era digital es muy buena, creo que está creciendo muchísimo hoy en día y esta pandemia ha dado pie para que este fenómeno digital vaya en aumento y estamos 100% de acuerdo con éso. Hay iglesias incluso que han salido en línea ahora con el famoso metaverso. La gente quiere reunirse online sin la necesidad de congregarse. Pero, amigo o amiga, es muy importante que conozca a Jesús y a Jesús se conoce bien en la congregación de esas personas que le aman. No hay nada como adorar juntos, no hay nada como crecer juntos. Esas personas nos van a proyectar, escuche bien la palabra, nos van a proyectar hacia adelante.

El gran problema que tenemos con las heridas de aquellos que nos abandonaron es que muchas veces nos quedamos en el lugar de la herida. Mi propuesta es que te muevas del lugar del dolor: muévete a Cristo. Dice la Escritura, “De modo si alguno está en Cristo, nueva criatura es; otra vez posición. Las cosas viejas pasaron, he aquí todo es hecho nuevo”: nuevas convicciones nueva dependencia. El Señor va a dar a tu vida una nueva razón de ser.

La iglesia – un hospital de campaña

Muchas veces los siervos, los pastores, el liderazgo hemos contribuido a que se cree esa idea, esa cosmovisión falsa. Queriendo tener una iglesia perfecta, el pastor perfecto, la familia perfecta, no podemos dar ni sombra de un pequeño problema porque hemos creado una imagen. Como vivimos en la cultura de la imagen, todos queremos dar la imagen perfecta.

Yo creo que la iglesia da una imagen perfecta cuando atiende a sus heridos. No somos el pequeño pueblo feliz que va los domingos y cantamos y alabamos. Gloria a Dios por éso. Somos ese gran hospital de campaña. Somos esa embajada donde los heridos son bienvenidos y donde juntos sanamos. Cuando lo vemos de esa perspectiva somos efectivos. Eso es lo que yo quiero transmitirle a mi congregación, Sagemont Encuentro. Estamos predicando un evangelio que sana donde el pastor no te va a juzgar porque ni Cristo juzga. Juan 3:17 dice, “Ni yo he venido para juzgar”. La palabra de Dios nos va a juzgar a todos, pero no es mi ministerio, ni el ministerio de Cristo juzgar sino salvar.

Tiene que tomar esa decisión, abrir su corazón ahí donde usted está en este momento, cualquiera que sea su circunstancia; no importa cuán chiquita o pequeña la habitación, el Dios grande la llena toda. Abra su

corazón y decida: “Señor, entra en mi vida, toca mi corazón, yo quiero ser una nueva criatura”.

Testificando a mi padre

Yo vi a mí papá durante mi niñez y a los 15 años, siendo un adolescente, vino a Cuba por una o dos semanas. Después no lo vuelvo a ver más hasta que conozco que en el año 2003 él tiene un accidente aquí en los Estados Unidos. Una iglesia bien grande en Nashville prepara una carta muy buena para que yo pueda venir a verle. Su accidente había sido bien terrible, bien grave, y ésta es posiblemente la última oportunidad para hablarle del Señor.

Ese año 2003, con varias cartas de referencia conmigo y con grandes expectativas, fui a la embajada de los Estados Unidos en La Habana con todas las promesas y la gente asegurándome que todo va a salir bien. Cuando llegué a la embajada, una funcionaria me dijo, “usted quiere ir a ver su papá, pero yo no entiendo que éste es el momento en que usted puede ir”. Negó la visa y me devolvió los papeles y me dijo, “ven en un año”. Yo le dije, “¿Pero de qué manera, si no se tan siquiera si al año el va a estar vivo”? “No hay más palabras, regrésese”.

Ese fue el año que empecé mi ministerio pastoral y yo le dije el Señor, “bueno, vamos a empezar muy bien. ¿Es mi primer año y empiezo de esta manera con todas

tus promesas, yo que venía tan confiado?” Confieso que esa noche yo regresé a mi pequeña iglesia, mi primera iglesia, y tenía que predicar en la noche. Yo no sé cómo hice esa predicación, realmente, no sé todavía cómo pude sostenerme. Me quedé siempre con éso por dentro: ¿cómo el Señor cerró esa puerta? No entendí.

Por la gracia de Dios, mi papá siguió vivo. Se recuperó a través de las terapias y otros tratamientos. El siguiente año 2004, una pequeña iglesia en Miami, nada comparado con la anterior, me manda una carta, ni siquiera como yo esperaba y yo la guardé, pensando: “Con esto no voy a ir porque voy a perder dinero en la embajada, la puerta no se va a abrir, porque si con aquella carta no se abrió, con está mucho menos”. Pero otra vez los grandes amigos cristianos me dicen, “Lázaro, ejercita la fe. Prueba, y si te dicen que no, Dios proveerá, pero quizás éste es el momento”.

Dios abre la puerta

Fui a la embajada, y me llevé la sorpresa. El señor que me atendió me dijo, “vas a ir a ver a tu papá. Te doy 20 días y después regresas a tu país, pero vete a ver a tu papá”. Fue una bendición de Dios y ahí apliqué una vez más el pasaje a mi vida cuando Cristo dice, “Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora más lo entenderás después”.

Ahí comprendí a través de varias personas que vinieron a mi vida y me dijeron, si hubiera sido en

el 2003, si Dios no hubiera cerrado aquella puerta, tu hubieras encontrado a tu papá conectado a un respirador artificial y no hubieras podido hablar una palabra con él. No hubieras podido predicarle. Ahora Dios te va a mandar; él está consciente, él puede escuchar tus palabras. Dios eligió que éste era un mejor momento. Fue como algo que se iluminó en mi vida y pude decir Señor realmente Tú eres sabio. Pasé 20 días allí en Miami con mi papá y le prediqué el evangelio. Él escuchó, él asimiló muchas cosas y aún así me fui orando no convencido de que él había entendido el mensaje de salvación.

Segunda visita a papá

Pasa el tiempo, mi esposa y yo nos fuimos de misioneros a Panamá. Habíamos sentido el llamado de Dios y estando en Panamá nos enteramos en el año 2014 que mi papá estaba enfermo de cáncer y que estaba en su etapa final. Otra vez necesitaba la fe. Yo no tenía los medios económicos en Panamá para respaldar que la embajada americana me diera permiso de viajar a los Estados Unidos, pero Dios una vez más abrió la puerta y el funcionario me dijo, “Si quieres ir mañana mismo, hoy te voy a dar la visa. Ve y busca un café y en la tarde ven y recoge tu visa”.

Fue otro acto del Señor grandioso. Pude venir a los Estados Unidos y un pastor en Miami, José Luis Rodríguez me acompañó cuando le hablamos a mi

papá del evangelio. Él escuchó el evangelio en el lecho de muerte y con mucho gozo, hizo la oración de fe. ¡Mi papá aceptó allí en el lecho de muerte! Nuestro Padre celestial nos había cuidado a los dos: lo había cuidado a él y me estaba cuidando a mí. A los pocos días, yo regrese a Panamá y mi papá murió menos de un mes después, pero murió salvo en el Señor, reconciliados él y yo.

El gran protagonista de la historia y el que une todo es el Señor, es el Padre celestial; nadie como Él. Mi exhortación es: no permanezca en el lugar que está. Si hay una espinita o una “espinota” bien grande, pida del Señor: “Señor ayúdame a sanar”.

Hay que tener fe

Tal vez lo has intentado muchas veces, pero acuérdate que hay momentos en que Dios decide guardar silencio. Él tiene un tiempo para cada una de las cosas. Hay que tener fe; venir al Señor y decirle, “Señor quizás éste es Tu tiempo” y pedirle al Señor que reconcilie si es posible nuestra familia. Si no es posible, si el papá o mamá ya no están nunca más con nosotros decirle, “Señor gracias, yo lo perdono, lo perdono de la misma manera que Tú me perdonaste a mí”.

Cierro con esta oración. “Señor Tú has operado en mi corazón desde que era un niño pequeño, poniendo,

quitando y guiando mi vida, Señor. Yo te agradezco porque soy una prueba viva de un Dios de amor en un mundo que está observando. Yo te ruego Señor que de la misma manera que Tú has obrado en mi corazón, si hay algún papá, alguna mamá, o alguna persona Señor que se sienta desamparado, que pueda encontrar en Ti el padre de toda gloria el Padre que abraza, el Padre que instruye y el Padre que sana. Señor, yo te doy gracias por mi ruptura, por mi corazón herido, porque Tú lo sanaste. Pero Tú no quieres solamente sanar el mío, sino el de todos aquellos que están leyendo este testimonio porque sólo tú puedes hacer la obra. Gracias te doy y clamo por el nombre de Cristo Jesús. AMEN”.

Oración de Decisión

Si desea ser salvo de sus pecados, solo tiene que decirle eso al Señor en una oración. Puede orar algo como lo siguiente:

“Santísimo Dios, confieso que soy pecador, digno de tu juicio eterno. Me arrepiento de todos mis pecados. Confío que el sacrificio de tu Hijo Jesucristo en la cruz pagó por todos mis pecados. Recibo a Jesús como mi Señor y Salvador. Escribe mi nombre en el libro de la vida para morar contigo por la eternidad. En el nombre de Jesús. Amen”.

Nombre _____

Fecha _____